

fiel del Opus Dei colombiano: “¡Qué maja es esa tierra tuya, hijo mío! ¡Qué deseos tengo de conocerla!” (AGP, P04, 1983, p. 402). Sin embargo, los planes de Dios eran diferentes: su situación de salud y la altura de Bogotá (2.650 metros sobre el nivel del mar), aconsejaron aplazar su estancia en Colombia. Esto no impidió que el avión que lo trasladaba de Quito a Caracas hiciera escala en el aeropuerto de Bogotá durante cincuenta minutos, momentos que aprovechó para saludar al Vicario Regional y a algunas mujeres del Opus Dei, manifestándoles que ofrecía al Señor y a su Madre Santísima el no poder estar con sus hijas e hijos colombianos: “muchas veces tenemos que decir *fiat!*”, les dijo; y los animó a realizar una gran labor apostólica “en Colombia y desde Colombia” (AGP, P04, 1983, p. 405).

San Josemaría no pudo volver físicamente a Colombia. Cuando falleció, había labor apostólica estable del Opus Dei en Bogotá, Medellín, Manizales, Cali y Cartagena. Existían centros educativos de hombres y mujeres en las dos primeras ciudades; se estaban colocando los cimientos de la futura Universidad de La Sabana; y se facilitaba formación espiritual, humana, y profesional a personas de todas las condiciones sociales del país.

Voces relacionadas: Catequesis, Labor y viajes de.

Manuel PAREJA ORTIZ

COMUNIÓN DE LOS SANTOS

1. La comunión de los santos, artículo de la fe. 2. De la comunión eucarística a la comunión de los santos. 3. De la comunión con la humanidad que puebla la tierra a la comunión con los cielos.

San Josemaría vivió de un modo particular la comunión de los santos y enseñó a vivirla como fuente de vida –que hace partícipe de la abundancia de

la gracia y de la fuerza que da la unión–, como fuente de alegría –al sentirse cada uno integrado en una multitud, en una familia, formando parte de una causa común, versos de un mismo poema–, y también como fuente de responsabilidad, al influir la propia lucha y virtud en la lucha y virtud de los demás. En este caso, como en otros muchos puntos, su experiencia espiritual y su predicación retoman la tradición de la Iglesia y la transmiten con el calor y la vibración con que se comunica lo personalmente asumido y vivido. Comenzaremos, por eso, evocando la fe de la Iglesia a este respecto, para pasar luego a ver cómo reverbera en la doctrina de san Josemaría.

1. La comunión de los santos, artículo de la fe

La comunión de los santos integra el artículo IX del designado como *Credo de los Apóstoles*: “*Credo Sanctam Ecclesiam Catholicam, sanctorum communionem*”. El *Catecismo de la Iglesia Católica* resalta que estas dos verdades no se distinguen, pues la comunión de los santos es precisamente la Iglesia (cfr. CCE, n. 946). Y siguiendo la tradición oriental y occidental desglosa su contenido con dos palabras: *sancta sanctis* (lo que es santo para los que son santos), que expresan dos significados estrechamente relacionados: la comunión en las cosas santas y la comunión entre las personas santas.

Los fieles (*sancti*) se alimentan con el cuerpo y la sangre de Cristo (*sancta*) para crecer en la comunión (*Koinônia*) con el Espíritu Santo y comunicarla al mundo (cfr. CCE, n. 948). Por otra parte, la comunión de las personas santas abarca, desde el punto de vista teológico y dogmático, tanto la fraternidad de los fieles que “peregrinan” ahora en la Iglesia (*Ecclesia in terris*) como la de los que ya gozan de la visión de Dios (*Ecclesia in patria*) y la de los difuntos que se purifican antes de ser recibidos en la gloria (*Ecclesia purgans*). Este es el

fundamento de la veneración a los santos, que nos ayudan con su intercesión desde la otra vida, y de la oración por las almas del Purgatorio, a las que podemos ayudar desde la tierra.

Para explicitar los bienes espirituales –cosas santas– que se comparten, el *Catecismo* acude a los primeros cristianos, que tenían en común la fe transmitida por los Apóstoles, los sacramentos, los carismas, la caridad e incluso los bienes materiales (cfr. CCE, nn. 949-953). Por otra parte, es significativo advertir que alude a la comunión de personas de un modo transversal en las principales verdades de la fe, tanto para referirse a la intimidad de Dios, o a la imagen de Dios plasmada en la Creación en el ser humano, como para hablar de la Iglesia, descrita como comunión de los santos y como la única familia de Dios (cfr. CCE, n. 959; ver CASTILLA DE CORTÁZAR, 1996, pp. 163-194).

El misterio de la comunión de las personas, distinguiéndola de la mera comunidad en sentido sociológico, ha despertado un creciente interés a lo largo del siglo XX, tanto en la filosofía –fenomenológica y personalista–, como en la teología. A partir del Concilio Vaticano II y de las enseñanzas de Juan Pablo II abundan los estudios que ahondan en que Dios es Amor, es decir, Comunión de Personas, así como en el hecho de que la plenitud de la imagen de Dios en el hombre no está en cada persona aislada sino en la comunión de personas unidas entre sí, a imagen de la Trinidad. En consonancia, se advierte que, entrelazada con su estructura jerárquica, lo más nuclear del misterio de la Iglesia es la unión –comunión– con Dios y con los demás; de ahí que la expresión comunión de los santos sea reconocida por la eclesiología contemporánea como una de las mejores, o incluso la mejor, descripción de la Iglesia.

En san Josemaría ese gran horizonte teologal que acabamos de describir lo encontramos, como es usual, en su

predicación y en sus escritos, expresado no de una manera abstracta y conceptual, sino viva: “¡Qué alegría da la comunión de los santos!” (F, 258).

2. De la comunión eucarística a la comunión de los santos

Situado en el seno de la Iglesia san Josemaría percibe y vive la comunión de los santos, generada a través de la “comunión en los sacramentos”, en especial de la “*communio eucharistica*”. La Eucaristía es para él el corazón de la Iglesia, la autodonación de Jesús en el Sacrificio, en la Comunión y en el Sagrario, que genera la unión fraterna. Lo expresa en *Camino*: “Comunión, unión, comunicación, confidencia: Palabra, Pan, Amor” (C, 535), queriendo significar que el don por excelencia de Cristo –“Palabra, Pan, Amor”–, es también la base de la “comunión, unión, comunicación, confidencia”, de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.

En la santa Misa, se da cita la única Iglesia celestial y terrena: “Todos los cristianos, por la Comunión de los Santos, reciben las gracias de cada Misa, tanto si se celebra ante miles de personas o si ayuda al sacerdote como único asistente un niño, quizá distraído. En cualquier caso, la tierra y el cielo se unen para entonar con los Ángeles del Señor: *Sanctus, Sanctus, Sanctus...* Yo aplaudo y ensalzo con los Ángeles: no me es difícil, porque me sé rodeado de ellos, cuando celebro la Santa Misa. Están adorando a la Trinidad. Como sé también que, de algún modo, interviene la Santísima Virgen, por la íntima unión que tiene con la Trinidad Beatísima y porque es Madre de Cristo, de su Carne y de su Sangre: Madre de Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre. Jesucristo concebido en las entrañas de María Santísima sin obra de varón, por la sola virtud del Espíritu Santo, lleva la misma Sangre de su Madre: y esa Sangre es la que se ofrece

en sacrificio redentor, en el Calvario y en la Santa Misa” (ECP, 89).

Celebrar la Misa, participar en la Misa, es entrar en una realidad de comunión a la que el cristiano acude con sus realidades y problemas, grandes o pequeños, uniéndose a la Iglesia entera y a toda la humanidad, tanto la que puebla ahora la tierra como la que ha concluido ya su caminar terreno. Todos estos aspectos están presentes en la enseñanza de san Josemaría, si bien de ordinario en sus escritos la expresión “comunión de los santos” designa de manera primaria la gran fraternidad de los fieles en la Iglesia (*Ecclesia in terris*): “«Salud a todos los santos. Todos los santos os saludan. A todos los santos que viven en Éfeso. A todos los santos en Cristo Jesús, que están en Filipos.» –¿Verdad que es conmovedor ese apelativo –¡santos!– que empleaban los primeros fieles cristianos para denominarse entre sí? –Aprende a tratar a tus hermanos” (C, 469). Lo mismo que en san Pablo, la expresión los “santos” designa aquí sencillamente los fieles, los cristianos, hombres y mujeres seguidores de Cristo en las diversas circunstancias de la vida, “tus hermanos”. De ahí que las relaciones entre los cristianos sean fraternales, familiares.

Describe esta “*communio*” gráficamente: “Comunión de los Santos. –¿Cómo te lo diría? –¿Ves lo que son las transfusiones de sangre para el cuerpo? Pues así viene a ser la Comunión de los Santos para el alma” (C, 544). San Josemaría se une a esa gran Comunión en la Iglesia viviendo intensamente la comunión con quienes dependen especialmente de él: sus hijos, a quienes les propone: “Vivid una particular Comunión de los Santos: y cada uno sentirá, a la hora de la lucha interior, lo mismo que a la hora del trabajo profesional, la alegría y la fuerza de no estar solo” (C, 545). La Comunión se manifiesta en esa conciencia de estar acompañado, ayudado, seguro, como dentro de una ciudad amurallada,

pues: “*Frater qui adjuvatur a fratre quasi civitas firma*” (C, 460; Pr 18, 19). Así lo subrayaba en una carta a una hija suya que se encontraba lejos de otras: “Únete a las intenciones del Padre: no olvides el valor inmenso de la Comunión de los Santos: de este modo no podrás decir nunca que estás sola, puesto que te encontrarás acompañada por tus hermanas y por toda la familia” (AVP, II, p. 455).

La comunión de los santos es una comunión vivificadora que trasmite energía, fuerza, apoyo que se constata; incluso en el mismo momento en el que se presta la ayuda: “Hijo: ¡qué bien viviste la Comunión de los Santos, cuando me escribías: “ayer ‘sentí’ que pedía usted por mí!”” (C, 546). “Comunión de los Santos: bien la experimentó aquel joven ingeniero cuando afirmaba: «Padre, tal día, a tal hora, estaba usted pidiendo por mí.»” (S, 472). Esa ayuda es fuente de alegría: “Qué bonita oración, para que la repitas con frecuencia, la de aquel amigo que pedía por un sacerdote encarcelado por odio a la religión: «Dios mío, consuélale, porque sufre persecución por Ti. ¡Cuántos sufren, porque te sirven!» –¡Qué alegría da la Comunión de los Santos!” (F, 258).

La comunión de los santos –huelga decirlo– es una presencia y una ayuda que no dependen de la cercanía física y menos aún de la materialidad de “vivir bajo un mismo techo”: superando las distancias se sitúa en un plano distinto al de las leyes del espacio. Por eso se puede ayudar a todos o ser ayudado por todos, aunque estén físicamente lejos, como le escribían: “(...) cuando por necesidad se está aislado, se nota perfectamente la ayuda de los hermanos. Al considerar que ahora todo he de soportarlo «solo», muchas veces pienso que, si no fuese por esa «compañía que nos hacemos desde lejos» –¡la bendita Comunión de los Santos!–, no podría conservar este optimismo, que me llena” (S, 56). Esa unidad, unión-con, es fuente de vida y eficacia: “Ausencia, aislamiento:

pruebas para la perseverancia. –Santa Misa, oración, sacramentos, sacrificios: ¡comunión de los santos!: armas para vencer en la prueba” (C, 997). “Por la Comunión de los Santos –sigue diciendo–, has de sentirte muy unido a tus hermanos. ¡Defiende sin miedo esa bendita unidad! –Si te encontraras solo, las nobles ambiciones tuyas estarían condenadas al fracaso: una oveja aislada es casi siempre una oveja perdida” (S, 615).

Apoyados unos en otros, como los naipes, como eslabones de una misma cadena, la Comunión invita a los cristianos a sentir la responsabilidad respecto de los demás; responsabilidad que se expresa no solo en la oración, sino en la totalidad de la vida: en el empeño por vivir cristianamente, por ser fiel a Dios en todo momento, también, e incluso especialmente en las tareas ordinarias: “Recuerda con constancia que tú colaboras en la formación espiritual y humana de los que te rodean, y de todas las almas –hasta ahí llega la bendita Comunión de los Santos–, en cualquier momento: cuando trabajas y cuando descansas; cuando se te ve alegre o preocupado; cuando en tu tarea o en medio de la calle, haces tu oración de hijo de Dios, y trasciende al exterior la paz de tu alma; cuando se nota que has sufrido –que has llorado–, y sonrías” (F, 846).

La llamada a la responsabilidad, “que tu vida no sea una vida estéril”, con la que san Josemaría comienza *Camino*, enfatiza que la propia fidelidad a Dios, a la fe, a la personal condición cristiana, con todo lo que implica, es la mejor ayuda que se puede prestar a los demás, pues “de que tú y yo nos portemos como Dios quiere –no lo olvides– dependen muchas cosas grandes” (C, 755). Para lograrlo enseña: “Tendrás más facilidad para cumplir tu deber al pensar en la ayuda que te prestan tus hermanos y en la que dejas de prestarles, si no eres fiel” (C, 549).

3. De la comunión con la humanidad que puebla la tierra a la comunión con los cielos

La comunión en la Iglesia presupone participar en los méritos infinitos de Jesucristo, de la Virgen y de todos los santos. Por eso, así como supera las distancias, también trasciende el tiempo. En este sentido, san Josemaría escribe: “Si sientes la Comunión de los Santos –si la vives–,... te sentirás “aliado” de todas las almas penitentes que han sido, son y serán” (C, 548).

Dentro de esta dilatación, que se actualiza y concentra en la celebración de la santa Misa, san Josemaría vivía en intensidad la “*Communio*” con la Iglesia “*in patria*”. De esa realidad nos da un buen testimonio el capítulo de *Camino* titulado “Devociones”. Pedro Rodríguez, analizando este capítulo ha señalado que lo más original de su planteamiento es que explica la doctrina a través de las formas de vivirla (cfr. RODRÍGUEZ, 2004, pp. 199-212). En efecto, no procede a declaraciones genéricas, sino que va señalando medios prácticos y concretos para que la relación personal con la Iglesia del Cielo se lleve a efecto. Sigue, además, un orden rigurosamente teológico: primero, el trato con “el hombre Cristo Jesús” (1 Tm 2, 5) (cfr. C, 554-557); a continuación, los modos o formas para establecer una comunión viva con los hombres y mujeres que nos han precedido en la fe, y con los ángeles: ante todo con la Virgen María (cfr. C, 558) y con san José (cfr. C, 559-561), después con los Ángeles, en especial los Ángeles Custodios (cfr. C, 562-570), finalmente con las almas del purgatorio (cfr. C, 571).

Un ejemplo que ilustra con particular viveza la predicación oral de san Josemaría sobre la comunión de los santos tuvo lugar en Buenos Aires, en el Teatro Coliseo. Era el 26 de junio de 1974, un año antes de su tránsito al cielo, en la última reunión de su viaje a Argentina, la más multitudinaria. La noche anterior

se preguntaba con cierta preocupación si era posible que se congregasen en un local miles de personas para oír hablar de Dios a un sacerdote –“a un cura que no dice más que cosas archisabidas” (AVP, III, p. 707)–. Su inquietud obtuvo respuesta al ver el local abarrotado de gente, lo que le llevó enseguida a pensar en la fuerza de la oración, principalmente de quienes, en otros lugares del mundo, estaban encomendando su viaje, o sea en la comunión de los santos, a la que hizo alusión varias veces a lo largo de ese encuentro. Seleccionamos algunos párrafos: “Si ahora que me encuentro yo aquí, si podemos tener estas conversaciones tan afectuosas –que nadie diría que estamos aquí cuatro mil personas por lo menos, sino una docena–, si podemos tenerlas es porque están rezando en todo el mundo. (...) Formamos una gran Comunión de los Santos: nos están enviando a raudales la sangre arterial y llena de oxígeno, pura, limpia: por eso podemos conversar así, por eso estamos a gusto. Si no, no aguantaríais, hijos; diríais: este curita que se marche a su casa. Y en cambio me decís: Padre, quedese” (*Catequesis en América*, I, 1974, pp. 606-611: AGP, Biblioteca, P05).

El dogma de la comunión de los santos nos sitúa ante la realidad de una Iglesia que vive en virtud de la comunión con los *sancta*, con los ritos santos, con los sacramentos. Y, en consecuencia, se constituye como comunión de los santos (*sancti*), como participación de todos sus miembros en la misma vida de Cristo. La comunión de los santos implica que ningún cristiano puede sentirse solo. Y a la vez que ninguno pueda considerar que crece como cristiano en virtud de sus solas fuerzas, sino gracias a la ayuda que recibe de Cristo y de su cuerpo místico. Es, por eso, fuente de fortaleza, de esperanza y, a la vez, de humildad.

Voces relacionadas: Devoción, devociones; Espíritu Santo; Eucaristía; Fraternidad; Iglesia.

Bibliografía: CCE, nn. 946-958; CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Cart. *Communiois notio*, 1992; Blanca CASTILLA DE CORTÁZAR, “«Comunión de Personas» y dualidad varón-mujer”, en *Estudios sobre el Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid, Unión Editorial, 1996, pp. 163-194; Paul Émile MERSCH, “Communion des saints”, en DSp, II, 1995, cols. 1292-1294; Paul O’CALLAGHAN, “Comunión de los santos”, en César IZQUIERDO (dir.) - Jutta BURGRAFF - Félix María AROCENA, *Diccionario de Teología*, Pamplona, EUNSA, 2006, pp. 142-146; Joseph RATZINGER, *Fraternidad cristiana*, Barcelona, Taurus, 1962; Pedro RODRÍGUEZ, *La Iglesia. Misterio y misión*, Madrid, Cristiandad, 2007; Id., “La comprensión de la Iglesia en *Camino*”, en GVQ, V/1, pp. 199-212.

Blanca CASTILLA DE CORTÁZAR

CONCIENCIA

1. La conciencia, un lugar de encuentro con Dios. 2. La libertad de las conciencias, una búsqueda de la verdad de Dios. 3. En un camino de santidad: la plenitud de una vida. 4. La formación de la conciencia y las realidades seculares.

“Nadie se salva sin la gracia de Cristo. Pero si el individuo conserva y cultiva un principio de rectitud, Dios le allanará el camino; y podrá ser santo porque ha sabido vivir como hombre de bien” (AD, 75). Un camino hacia Dios, así comprendía san Josemaría la vida del hombre, un camino trazado por Dios mismo, en el que se hace el encontradizo para conducirlo hacia la casa del Padre. Si la iniciativa es divina, pues procede de la gracia de Cristo, tal como lo explica el texto, la respuesta humana revela toda una verdad interior del hombre que fue decisiva en la enseñanza de san Josemaría.

La gran importancia concedida por el fundador del Opus Dei a la “vida interior” es una forma de destacar la resonancia

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.